

mana...» «Sin embargo, hacia últimos de su carrera Chateaubriand se lamenta de haber dado este primer impulso á la creación de esta secta de espíritus atormentados por su genio, desgarrados por la poesía y sufriendo males imaginarios.»

Vea, pues, Chateaubriand al fin de su vida la inutilidad de todo lo que había hecho y predicado contra el liberalismo, y de aquí, como ya hemos visto, que se diera á profetizar el advenimiento de la misma república que antes había condenado como imposible. Con esto Chateaubriand sólo se puso en regla con el porvenir, obligado á contar con su carácter, su temperamento; pero el pasado le debe el haber sido uno de los fautores de la reacción en Europa.

Los liberales han perdonado al reaccionario; los realistas detestan su memoria.

Para éstos sus hombres son Bonald y De Maistre. Bonald ya lo sabemos formó parte de la emigración, vivió en Alemania, en Heidelberg, y por consiguiente, como dice Gervinius, no se libró del contagio germánico. Arreglando el pasado á su manera, haciendo que la historia pruebe lo que á él le acomoda, llega á la peregrina afirmación de haber reinado la paz en Europa hasta el advenimiento de la Reforma, y explicando el *gran designio* de Enrique IV á su gusto, Bonald dice que hay que volver á la concepción de éste en lo que trabajó Leibniz, esto es, á fundar el orden en la armonía entre el altar y el trono, haciendo del Papa el árbitro y el gobernador del mundo. «En este sentido Bonald aconseja también la mayor extensión del poder temporal del Papa y el que se haga al clero más respetado, es decir, más independiente, ó en otros términos más rico...»

«Bonald encuentra inútil entretener á la burguesía mostrándole su parte; todo lo que favorece el comercio y el acrecentamiento de la industria y la población, es para él cosa abominable, como lo es á todo espíritu de hijodalgo. De la misma manera que De Maistré, apoyándose en la autoridad de un protestante, de Malthus, procura reconciliar el mundo con las instituciones de Gregorio VII que fueron las más combatidas, de la misma manera Bonald quiere que la jerarquía se haga un nuevo mérito restableciendo el celibato y los conventos para detener de esta suerte el aumento de las clases pobres. Así hace derivar todo el espíritu del comercio, en el cual encuentra la fuente de guerras eternas, de instituciones populares contra las cuales lanza por esta razón, su anatema. El dogma de la soberanía del pueblo es, á sus ojos, un dogma ateo: quiere restablecer el rei-

no de Dios. Esas ideas teocráticas estaban en oposición, tanto con las nociones de Luís XVIII sobre la soberanía real, como con los principios del clero, que estaba adherido á sus libertades galicanas como á un bien nacional; transigian tanto con el barniz de la civilización francesa como con la manera de pensar de los franceses; los ultramontanos se encontraron, pues, en posesión de una pequeña secta ridícula que se relegaba á un rincón.»

De Maistre, ruso desde 1803, olvidando su levita, lo toma de más alto y dice que la Revolución fué obra de la mano de Dios para dirigir las cosas de este mundo, de modo que todo lo que hicieron los revolucionarios no lo hicieron ellos sino Dios mismo, para demostrar á los hombres la vanidad de sus obras contra la voluntad de Dios. La voluntad de Dios se había manifestado en el antiguo orden de cosas, mostrando por consiguiente que toda innovación que en ellas se introduzca es vana, y que sólo el principio religioso es esencialmente generador y conservador.

Ese principio religioso se encuentra según De Maistre en la Iglesia que lo conserva por una grande y no interrumpida tradición. Por cuyo motivo De Maistre se levanta contra todos los códigos sagrados y profanos. La *Biblia* es para él fuente de pecado, pues que no supo callar lo que no debían saber todos. Las constituciones políticas de los pueblos extraviados.

Lo curioso es que siendo la Alemania y la Inglaterra las naciones que consiguieran el honor de acabar con Napoleon, y siendo entrambas naciones protestantes, señalaba como misión de Europa en aquel instante de su vida el acabar con el protestantismo. Aquí no parece sino que el francés no puede perdonar á Wellington y á Blücher el haber acabado con la preponderancia de su patria, pero no se olvide que por estos días el centro ponderador estaba en Viena y que Austria es católica, y que en Alemania los Estados del Sud como Baviera son católicos, que católicas son España é Italia que acababan de barrer todo lo hecho por la Revolución y se habían vuelto de nuevo al antiguo régimen, como si no hubiesen oído marchar el mundo bajo sus pies.

De Maistre al ver el entusiasmo de Europa por el Papa y la religión católica creyó indudablemente de buena fe que el mundo al salir de la crisis revolucionaria iba á arrojarse en brazos de la Iglesia, como en los días férreos de la Edad Media, empero De Maistre, más político, más hábil que De Bonald, no defiende á la descarada como éste, ese antiguo mundo que se ha de resucitar: así no dice que el Papa sea infalible sino que *debe* serlo; de la misma manera no de-

fiende el poder absoluto de los príncipes sino que señala sus peligros, y contra éstos levanta amenazador el poder eclesiástico, como si la facultad que se dió el papado de hacer y deshacer hubiera producido más que males sin cuento en la Edad media. Sutri y Canosa no nos dejarán mentir. Será el Papa, no el pueblo, quien pondrá ahora el veto al mal gobierno de los príncipes, como si los príncipes en tiempo alguno hubieran demostrado la menor simpatía por el poder temporal de los papas. En la Edad media, protesta la secular querrela de las investiduras; en el Renacimiento el levantamiento de media Europa contra las indulgencias, y la política de Carlos V y de Felipe II; en la Edad moderna es Luís XIV quien ampara los derechos de la iglesia de Francia á pesar de su edicto de Nantes.

Dió también Suiza, la libre Suiza, ó mejor aquel partido suizo tan enemigo de novedades su hombre á la reacción. Haller que había emigrado de su patria para no vivir bajo el gobierno helvético, lleva empero á la gran obra de la restauración católica el espíritu democrático de su país, esto dentro de una teoría que se funda en el derecho que tienen ciertos individuos para mandar á los demás por haber heredado este derecho de no sabemos qué familia primitiva que vino al mundo con esta privativa. Esta familia no tiene que compartir con nadie su autoridad, si llama á los nobles y con ellos se entiende es, porque tiene confianza en la nobleza que es su hechura, no porque ésta tenga ninguna otra representación que la personal. El pueblo no existe más que en estado de cosa sujeta y por lo mismo que no le reconoce derechos, admite en ciertas circunstancias la esclavitud.

Revélase el suizo en que niega al príncipe el derecho de exigir de nadie el servicio militar; la quinta es una institución revolucionaria, y todo esto porque los príncipes haciendo las guerras por su propio interés es justo que soporten todas las cargas. La nación no puede negar al príncipe lo que éste pide para sostener las cargas públicas, porque es el príncipe quien paga, y nadie paga al príncipe. De aquí que declare que un príncipe no puede tener deudas, pues es contra naturaleza que el señor deba á su servidor.

De modo que en Haller, el suizo estaba siempre dominado por el absolutista, y como siempre buscaba en el orden natural la relación que debía mediar entre gobernantes y gobernados, llamóse á Haller, «el Rousseau de la contra-revolución.»

Si, pues, el libro de Haller fué prohibido hasta en Austria en los mejores tiempos de la reacción, es

porque el filósofo suizo defendía la protesta á mano armada, el derecho de insurrección contra el príncipe cuando éste mandaba cosas injustas que hacía ejecutar de una manera injusta. Así Haller defiende á los señores de la Edad media que se levantan contra sus señores injustos, pues de otra manera hubiera condenado á su misma patria, mientras que por su parte Schlegel, como austriaco, colocándose con los vencidos por la insurrección helvética los condena.

Desde este momento Haller tomaba asiento entre los revolucionarios, y esto explica el por qué las doctrinas de Haller fueran más discutidas y gustadas que las de los demás absolutistas, pues desde el momento que proclamaba el derecho de insurrección, el derecho no estaba confiscado en poder de una sola familia que es lo que hacían los demás publicistas de su escuela.

En Italia, en donde hemos visto á Alfieri cantar la libertad y servirla, lo que faltó fué la acción. Alfieri que confesaba «llorando» que para abolir la tiranía que pesaba sobre su patria era necesario que los italianos principiaran por sentirla, y así se llamó á los liberales *piagnoni*,—llora duelos,—Alfieri que condenaba las revoluciones prematuras, Alfieri reconocía que el sacrificio voluntario de los que se creían ya maduros para hacer frente á la tiranía era de un gran ejemplo. Es por esto que Alfieri, ora aconsejando la acción, ora deteniéndola, paraliza todos los movimientos y empuja todas las revoluciones hasta las más inconsideradas. Este deseo vehemente de hacer grandes cosas sin emplear grandes medios retuvo por años el espíritu siempre inquieto de los italianos, pero precisa decir que en Italia como en España había una tan profunda escisión entre la masa inteligente y la masa popular, la ignorancia y el fanatismo de esta era tan profunda, que no se podía basar en ella renovación alguna. De aquí que en una y otra península fué tan fácil al clero amotinar contra los hombres liberales á ese populacho movido sólo por pasiones bestiales.

Alfieri no se arrepintió, no desertó de las banderas de la libertad como los liberales alemanes, ni dió armas al absolutismo: se cansó y desconfió de todo, de la patria y de la libertad y nada más.

Tipo de enamorados desesperados de una y otra pasión es seguramente Fóscolo y si siempre fueron infructuosos sus trabajos, es indudablemente porque nunca pudo resolverse á ser enteramente francés ó enteramente italiano. Napoleon y Eugenio le contaron entre sus admiradores y defensores, y también entre sus irreconciliables adversarios. Pase el enga-



ño por los primeros años de Napoleón en Italia, pero luego esta volubilidad no podía ser causa sino del carácter de Fóscolo. Y así es. Este hombre que pasa su juventud y los mejores años de su vida predicando la virtud vive en el vicio; las mujeres y el juego le quitan más tiempo del que debía consagrar á los libros. El hombre que se consagra al servicio de la libertad, que dice que se la ha de servir como *sa chi per lei vita rifiuta*, este hombre toma tristemente pero resignadamente el camino del destierro, para erigirse desde su retiro en severo sensor de su patria, de la gallofobia de Alfieri y de un pueblo que

nadie había formado, y desde allí condenándolo todo, como hicieron los alemanes vuelve la vista al pasado, ve al pueblo de rodillas y delirante á la vista de sus madonas, de sus monsignori y del Papa, y él que había predicado el fin de toda religión, se hincó á su vez de hinojos y señala al Papa como la fuente de redención de Italia y como el soberano de Europa.

Sin embargo, Fóscolo no fué tan atrás como los alemanes. Si no quería nada del pueblo, menos esperaba aún de la nobleza. Pedía una monarquía templada en la que las clases medias ponderasen, y



La pesadilla.—Fuseli

por ahí se salva Fóscolo en el concepto de los liberales. Pero en suma, contribuyó poderosamente á la reacción, porque su apasionada alma se puso al servicio de la quimera de reconciliar al Papa con Italia y con la libertad, quimera que durará hasta mediados de siglo, hasta que los hechos vengan á probar plenamente que el Papa como cabeza de la Iglesia no puede ser un príncipe laico. Esto nos da la razón de la popularidad de Fóscolo y el haber hecho de él un ídolo la juventud italiana.

Había precedido, sin embargo, á Fóscolo en su cruzada religiosa el ilustre Manzoni á quien los errores de la revolución habían arrojado al escepticismo de donde le sacó un sacerdote francés con sus exhortaciones. Manzoni, pues, resucitaba para la vida política católico y creyente en 1810. Pero el imperio le liberalizó de nuevo y sin servirle jamás teniendo siempre á distancia de la corte de Milán, pero sin afectación de ninguna clase, sirvió á la libertad por vocación y por convencimiento y no

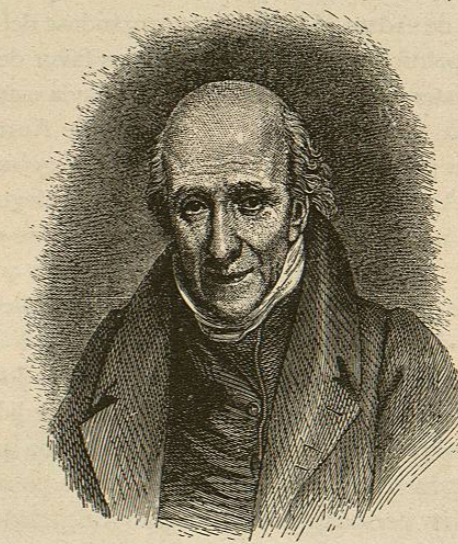
como Monti que la sirvió, como él mismo confesó, por miedo. Manzoni fiel á sus principios liberales moderados creía que la libertad no se podría reconquistar por la fuerza una vez se había perdido, pero que tampoco tendría nadie fuerza para ahogarla: en este convencimiento abominaba de aquel romanticismo destinado á llevar á las almas la desesperación, sin embargo, más adelante en 1827 con sus *Novios* Manzoni se dejó arrastrar por esta literatura. Pero aquí conviene dejar á Manzoni, aún cuando Gervinus crea poder continuar adelante con él y estudiar su influencia en este y en otros momentos posteriores de la historia de Italia.

Italia, pues, no dió á la reacción ninguno de esos grandes nombres que la han doctrinado. Como España, fué víctima de la reacción, víctima del restablecimiento de las dinastías derribadas por el imperio que se vengaron cruelmente, y por no haberlo hecho el papado es por lo que Roma pontificia acaba por ser una esperanza.

En Inglaterra, Walter Scott que tanto debía influir de una manera involuntaria en disponer los ánimos á su regreso á la Edad media, no principia á escribir, ó mejor, á publicar sus primeras novelas sino en 1814 al hacerse la paz. Su influencia es mayor en la literatura que en la política, por lo mismo que Scott no podía ser en su país el representante del poder absoluto de los reyes, ni del vicario de Cristo. La Inglaterra, satisfecha con su triunfo, no vió en las novelas de Scott más que asuntos históricos que le recordaban su antigua historia, y el continente haciendo su parte á la tradición realista y clerical, supo ver las lecciones,

involuntarias sin duda, que le daba Scott, mostrándole como la nobleza y la burguesía defendieron libertades contra los reyes.

Digamos en honor de Walter Scott que nunca se propuso ser trascendental. Sirvió á los neo-revolucionarios como á los reaccionarios, sin saberlo. Él sólo se proponía escribir cosas bonitas y agradables, y el tema de sus novelas se lo daba la tendencia literaria de la época. Hombre de un carácter dulce y agradable, era por temperamento enemigo de toda clase de luchas, y así consiguió con su autoridad crear una época de quietismo literario que hizo necesario al ardiente Byron para ponerle término.



NORTHCOTE, pintor inglés

Scott, sin embargo, dentro de la política de su país, fué un reaccionario convencido, un tory, y Francia y la Revolución, lo mismo que el Imperio, no tuvieron en Inglaterra enemigo más convencido que él. Así al sentirse criticado y juzgado severamente por la *Edimburger Review*, órgano de los liberales, fundó con sus amigos Ellis y Canning la *Quarterly Review* para hacerle frente.

Reaccionario y todo Scott, lo era como se puede serlo en Inglaterra, como hemos visto que lo era Haller en Suiza, de modo que fuera liberal y hasta antipático para los absolutistas del continente. Así, Scott en religión furibundo protestante, estaba muy lejos de contribuir á la restauración católica del continente, pero contribuía á la reacción religiosa, exaltando la influencia de la religión en el porvenir de los pueblos.

En resumen, «si entre los pueblos latinos del mediodía, en España y en Italia, la reacción del poder ilimitado de los curas y de los príncipes se muestra

con la misma crudeza que en las doctrinas de De Maistre, en Italia esta tendencia neo romana fué combatida desde los primeros días, por el antiguo republicanismo romano de la juventud de la escuela de Alfieri y por el espíritu revolucionario, tal como entonces se agitaba en el seno de los restos del partido francés: dos matices que se combatían en el espíritu de Fóscolo. Entre todas esas tendencias se formó un justo medio que, en las circunstancias de entonces, buscaba los mejores resultados posibles.

«En el mediodía de Francia, el sombrío partido clerical y reaccionario intentó cumplir su obra como en España y como Bonald, —del Aveyron,—procuró hacerla en teoría. Pero en ese país, los hombres de ese partido estaban en lucha con los partidarios de una constitución en el sentido inglés, y un grupo intermedio balanceaba entre esas dos tendencias, queriendo como Chateaubriand una constitución, si bien exenta de todo sabor revolucionario, constitu-



ción que había que fundar en la religión, pero sin que tuviera que temer cosa alguna de las tinieblas romanas.

»Restablecióse en Suiza, en las ciudades, la dominación de la aristocracia, y este influjo se extendió sobre el campo al reconquistar las ciudades su influencia. Las innovaciones y las ideas políticas francesas cedieron el puesto á las teorías de Haller, hasta tanto que, más tarde ciertamente, esas mismas teorías recordarán de nuevo al pueblo sus derechos soberanos. En Inglaterra, el torismo anti-revolucionario de los tiempos de la guerra, continuó reinando también durante la paz, y los lazos de una misma simpatía unieron el romanticismo inglés y alemán, las doctrinas de Burke y de Adam Müller, de la misma manera que el arte político de Castlereagh y el de Metternich. En Inglaterra la posición teórica de los partidos continuaba necesariamente encerrada en los límites señalados por las tradiciones á los partidos políticos. En Alemania, por lo contrario, en donde esos últimos no existían, y en donde, en los pequeños estados, el partido constitucional no podía formarse más que gradualmente, á medida que las constituciones se desenvolvían, los sentimientos y las tendencias políticas se dividían, de conformidad con las diferencias nacionales y en parte religiosas, en un campo prusiano y en un campo austriaco. Al examinar todas las diferentes ramas de la literatura, al observar á muchos personajes de los que se movían por ese tiempo, se ve que, hasta los diferentes grupos y los individuos que, en general, estaban opuestos á las ideas románticas y *supranaturalistas* en el arte y en la ciencia, lo mismo que á las tendencias reaccionarias en el Estado y en la Iglesia, eran, sin embargo, más ó menos arrastrados por ese espíritu que dominaba en esa época de una manera soberana.

»Ese mismo fenómeno se reproducía en grande en esas reacciones en Alemania. En Prusia los patriotas sucumbieron bajo la influencia austriaca, no sin defenderse y no sin quererlo ni sin faltas; la restauración de Haller celebró allí sus victorias cuando estaba ya proscrita en Austria y desterrada de todo el mundo.

»Esta potencia de la influencia austriaca se explica de todas maneras. En efecto, el principio de Estado de la conservación y de la inmovilidad había estado, en todo tiempo, profundamente arraigado en Austria en donde había sufrido pocas interrupciones; era allí en donde el principio conservador había opuesto la resistencia más tenaz á las innovaciones de Francia; era en Austria en donde encontraba su centro más natural, al salir victorioso de la lucha, era

allí aún en donde la doctrina política de la reacción rivalizaba de consecuencia lógica con la administración tradicional del Estado. Era, pues, en Austria en donde la teoría y la práctica se habían puesto de acuerdo, y era precisamente á partir del momento en que la corte borbónica en el extranjero, después de haber sido la primera en reunir á su alrededor toda la literatura legitimista, había renunciado á su misión, á su papel de gobierno constituido, á sus embajadas y á la actividad literaria y teórica de sus partidarios.

»Desde entonces, el gobierno austriaco procuró alistar á su servicio á todas las plumas dispuestas á venderse. Compró á Gentz asegurándole una pensión y encargándose del pago de sus deudas para que escribiera en favor de los intereses de Austria, y esto cuando todavía estaba al servicio de Prusia y antes de pasar al de Austria, 1802.

»El mismo gobierno austriaco atrajo á Viena á Federico de Schlegel, luego que se hubo hecho católico,—1808,—y se sirvió de sus talentos en el campo, en los anfiteatros y en la universidad y en la diplomacia. Adam Müller, el amigo de Gentz, convertido ya en 1805 al catolicismo, vino, mediante las recomendaciones de José Buol, en 1811, á Viena, después de haber pedido inútilmente á Hardenberg que le procurase una posición, y tras haberse vengado de su negativa poniendo su pluma al servicio de la nobleza recalcitrante en Prusia. A estos hombres se les unió todavía José Pilat de Augsburg, bajo cuya dirección *El observador austriaco* se convirtió en el órgano principal de la prensa para la propaganda de las máximas gubernamentales de Austria, de la misma manera que, más tarde, la *Concordia* de Schlegel,—1820 y siguientes,—representaba la tendencia clerical de ese campo, y que los *Anales de Viena* formaban el cuartel general de la crítica en toda la literatura romántica.

»Vemos, pues, por esas indicaciones que su gobierno no era difícil, sino muy hábil en la elección de los desertores extranjeros que venían á abrazar la causa de Austria. Había reconocido con un gran tacto el provecho que podía sacar de esos jefes del romanticismo que, sin apoyo sólido, iban de un lado para otro, pero que se presentaban más dóciles de lo que se podía esperar. La impudencia con que Zacarías Werner hacía, en la época del congreso de Viena, el capuchino, en cátedra pública, después de haber fustigado, aún en 1807, la misa y el papado, y aún hasta después de haberse convertido, en 1811, á Austria y á la antigua Iglesia; esta impudencia, decimos, no podía compararse al espectáculo dado

por Fr. Gentz cuando desempeñaba sus diferentes papeles, desde el del patriotismo, en apariencia el más enérgico, hasta el de una infame bajeza que cubría con su propio menosprecio. Se podrá hacer de él y de Stein un paralelo que continuaría de una manera muy característica el que hemos hecho de Fichte y Schlegel respecto de la oposición política que existía entre ellos. Pero nosotros separaremos á esos dos hombres, porque habían tomado enfrente de

Austria y de Prusia, mejor que otra cosa, la posición de hombres de Estado prácticos, bien que el papel que desempeñaban fuera meramente consultivo. La doble relación en que se encontraba Gentz, de un lado, con la literatura que aquí hemos examinado, y del otro con el gobierno de ese Estado del que tendremos ahora que examinar la condición, nos conduce de los movimientos intelectuales hacia la vida política de la época.»



Viñeta de Codowiecki

